LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *
* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO *céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.*

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—**Apartado de Correos 547, MADRID**

En Barcelona: Kiosko «EL SOL», Rambla de las Flores
(FRENTE A PUERTAFERRISA)

CONSULTA

de médico exinterno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el **606**

De 4 á 6 de la tarde, 2,50 ptas. Especiales, 5 ptas.

CALLE SANTA BÁRBARA, 2
esquina á Fuencarral, 73

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN

Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—*Envíos de periódicos y libros á provincias*

Pídanse precios de publicidad en "LA HOJA DE PARRA,, á la Administración, Mendez Alvaro, 2, Madrid.

MANUEL GONZALEZ
SASTRE

El que quiera vestir bien y barato, debe visitar la

Sastrería de Manuel González.

QUIÑONES, 5, ENTRESUELO
MADRID

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo**. De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal.** De provincias, por carta.

Fotograbado de A. VAZQUEZ

Perfección * Rapidez * Economía * COLEGIATA, 7, MADRID

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.

AÑO I. **Madrid, 19 de Agosto de 1911.** **NÚM. 16.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
EDUARDO ZAMACOIS
Las zapatillas.
GONZALO CANTÓ
El predestinado.
JAVIER BUENO
Los amores de Julita Fons.
LUIS JOSÉ ECHEGARAY
Mala noche.
RAMON ASENSIO MAS
Menudencias.
EL CONFESONARIO
Artículos de AMPARO POZUELO Y AGUJETAS
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Amores célebres.
ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO
En la alcoba.
FERNANDO MORA
El curita simpático.
RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA
Antoñita, ó la cuerda de un ahorcado.
FÉLIX RECIO
La memoria de don H. P.
CHISMES DE LA SEMANA, ETC.
MARIN, TOVAR, CYRANO, BARTOLOZZI Y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Peligros, Pujol, Amparo Pozuelo, Julia Fons, Sinesio Delgado, Agujetas, Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



PELIGROS. PUJOL

Gentilísima artista de zarzuela chica que actuará en Madrid el próximo invierno.



LOS PENDONES VERBENEROS

Ó ¡A MORIR LOS CABALLEROS!

—¿Cuántos?

—Seis.

—¡No eres tú nadie pa los señores!

—¡Qué quieres! ¡Cuestión de tener pupila!

—No, hija, no; de tener suerte. Yo no me he estrenao.

—Tampoco (te lo he dicho muchas veces) te sabes poner pelmaza con la parroquia, ni tienes la coba á que los señores están acostumbraos.

—¡Ele! Soy algo corta de genio, como sabes.

—¡Me parece! Pero, hija, hay que abrir el ojo.

—Lo que es eso, no te pienses que no lo abro bien.

—A ratos; pero hay que tenerlo siempre de par en par, con los hombres, porque los hay que se pierden de vista. Y luego, las manos, como tú no las menejes bien, y hagas un movimiento que te resulte muy fuerte, te has cáido con tó el equipo. Y, además, es conveniente que uses lo mismo la una que la otra, y que no te empeñes en emplear sólo la izquierda, por ejemplo; pues, si advierten que eres zurda, lo más fácil de tó será que te suelten dos soplamocos por torpe.

—Ya me ha pasao muchas veces, por usar de la derecha na más.

—Pues, como te pesquen en un renuncio, te expones á una manguzá.

—Aún me duelen las que me dieron el martes dos pollos. ¿Quiés que te cuente la cosa?

—Me la figuro ya; conque no te molestes, y ámonos de la verbena, que ya han cerrao la kermese y es hora de ir al Botánico. Van á dar las dos.

—Pues veste tú. Yo me voy pá el Hipódromo, porque allí tengo más suerte.

—Ya sabes que los señores de hoy día dan poca...

—¡Leñe! Pues tú has hecho seis.

—Y ahora voy á ver si cai el siete. Pero ¿y qué? Ná entre dos platos.

—No hay razón pa que te quejes, digo yo.

—¿Qué quiés? ¿Que baile la machicha? Pues me paece que no es pa tanto. Con eso de los sujeta-alfileres y los bolsillos que llevan pa guardarse los billetes en el forro del chaleco los señores, no hay «afferes» (como dice la franchuta que vive en el Sombrerete) que valgan la pena.

—Mucho que sí; pero no te quejes, porque apandar seis pañuelos ocurre muy pocas veces... ¡Y de seda!... De seguro que vas al Rastro y los vendes, uno con otro, á seis perras gordas.

—Lo menos á siete.

—De móo que si toás las noches te sacases cuatro veinte...

—Pues me hacía millonaria dentro de dos ú tres meses... ¡Ja, ja!... Deja que se acaben las verbenas, y que lleguen las noches frías, y entonces no sacas ni pa alcagüeses, por mucho que abras el ojo ni por muy bien que manejes las manos.

—Pués jubilarte.

—No me lo digas dos veces, porque liquido y traspaso tóo, y ¡á casita, que llueve! Si quiés, te vendo la plaza.

—¡Muchismas!

—¡No se merecen!

Por las «descuideras»,

Carlos Miranda.

LAS ZAPATILLAS

DESDE aquel día todo cambió en la casa. Se admiraron las pinturas del Sr. Lauter; Stoltz, que era visita de la casa y muy amigo de la señora Lauter, aceptó con reconocimiento dos enormes lienzos, de siete por cuatro pies, cuyos marcos le costaron quinientos francos. Se conceptuaba muy feliz cuando al señor Lauter se le antojaba servirse de su caballo para sus negocios ó para pasear; seguíalo á caza con más celo y abnegación que el perro mejor amaestrado, y al volver se deshacía en alabanzas de la admirable destreza del señor Lauter. Si el Sr. Lauter necesitaba algo en la ciudad vecina, ¿no estaba allí Stoltz para evacuarle el encargo? Bien podía el Sr. Lauter contar diez veces seguidas la misma historia, sin que hubiera nadie que se lo hiciera notar ó que se lo dejase entrever prestándole menos atención. Por último, Stoltz hacía constantemente pie á tantas partidas de ajedrez ó de tresillo, como se le antojaba jugar al desgraciado esposo de Rosalía.

Habíase tornado la casa en asilo de la más dulce paz; todas las voces eran allí tranquilas y benévolas. Cuando en otro tiempo se veía el Sr. Lauter en la precisión de emprender un viaje, todo se ponía en completo desorden: todos se condolían amargamente del trabajo de hacer su maleta y del trastorno de que siempre hallan pretexto los criados en un viaje; sosteníanle que sus pretendidos negocios no existían, que su viaje no era sino un capricho ó un antojo; que tenía muy buenas razones para no confesarlo. Pero ahora ha cambiado todo: se hacen los preparativos con minuciosa solicitud; Stoltz presta su estuche de afeitar, traído expresamente de Inglaterra; Rosalía encarga con la mayor ternura que no se detenga mucho tiempo, que no se exponga de noche en los caminos, que no emprenda por las mañanas la jornada sin haber tomado algo caliente...

NUESTRAS COCOTAS



CARMEN ROMO

Por último, el Sr. Lauter ha partido. Su mujer le ha acompañado hasta la puerta de la calle, y desde el ángulo del camino, en el paraje más distante desde donde es posible descubrir, Lauter ha visto, sosteniendo las bridas á su caballo y volviéndose, que su mujer le hacía con un pañuelo blanco señales de afecto y de despedida.

Llegada la noche, todos eran presa del más profundo sueño, cuando se oyó que llamaban estrepitosamente á la puerta; y en efecto, el horrible tiempo que hacía justificaba la prisa de la persona que quería entrar. Preguntaron de adentro— ¿Quién está ahí?

—¡Eh! ¡por vida mía!...—contestaron desde fuera—; yo, Lauter, mojado hasta los huesos.

A esta respuesta, en lugar de abrir á su amo, corrió la criada á llamar á la puerta del aposento de Rosalía.

—Pronto, Rosalía, una buena lumbre; un ahogado no puede estar más mojado que yo.

Lauter se desnudó, se calentó, y cuando ya se vió algo repuesto:

—¡Dios mío!—exclamó—, Rosalía, estás muy pálida.

—Es—replicó su mujer—que me has despertado bruscamente, y que tu aspecto no tenía nada de risueño.

—¿Adónde diablos están mis zapatillas?
—¿Qué zapatillas?—preguntó la sirvienta.
—¿Cuáles han de ser? Las mías.
—No sé.
Rosalía temblaba horriblemente.
—¿Creo—le dijo—que no habrá sido ningún incidente desagradable el que te ha obligado á esta vuelta inesperada?
—De modo alguno—contestó Lauter—; lo que quisiera es tener mis zapatillas. He hallado á pocas leguas de aquí un propio que me traía las noticias en cuya busca iba.
—Amigo mío—le dijo Rosalía—¿qué necesidad tienes de zapatillas para dormir, que es lo más oportuno en este momento? Ya te has secado, y la cama acabará de hacerte entrar en calor.
Acostóse Lauter, mas no sin dirigir aún otra mirada por el cuarto en busca de sus zapatillas. Una vez en la cama, no pudo dormir.
Había traído el caballo á un paso tan vivo, que la sangre en movimiento alejaba de sus párpados el menor vestigio de sueño; dió en vano cien vueltas en el lecho buscando una postura favorable; por fin, pasado algún tiempo, se determinó á decir á media voz: —Rosalía, ¿duermes?—Rosalía dormía menos que él aún, pero guardóse muy bien de contestar. Esperaba con impaciencia suma á que sucumbiese Lauter á uno de esos sueños profundos que suceden al cansancio; pero cuando oyó dar las cinco y vió que no tardaría en amanecer, levantóse precipitadamente.
—¿A dónde vas?—le preguntó M. Lauter.
—Voy á levantarme.
—¿Para qué si aún no es de día?
—No tengo sueño.
—Ni yo, aun cuando no he cerrado los ojos en toda la noche; estate aquí conmigo y hablaremos.
—No: dí ayer algunas órdenes á los criados, y quiero vigilarlos á ver si las ejecutan bien.
—Te lo ruego.
—No puede ser.
En cuanto hubo salido, encendió Lauter una bujía y trató de leer en un libro que se hallaba por casualidad sobre la mesa de noche; fastidióle su lectura, sin producirle sueño; levantóse para tomar otro, y un movimiento natural le hizo buscar aún otra vez las zapatillas.
Tomó la bujía y se puso á mirar en derredor de la estancia. De súbito se paró estupefacto al ver la punta de una de sus zapatillas que salía por debajo de la madera del balcón; inmediatamente corrió á dejar la bujía sobre la mesa de noche, exclamando al propio tiempo:
—¡Oh, estarán bonitas! ¡Irlas á dejar en el balcón esa loca de Enriqueta con un tiempo como éste!
Abrió en esto las maderas, y se bajó á tientas por las zapatillas; no tardó en poner la mano en una de ellas; pero indudablemente tenían algo dentro, y aquel algo era un pie; al extremo del pie había una pierna; al extremo de la pierna un caballero... Cogió al caballero por el cuello, é impeliéndolo hacia la estancia, exclamó:
—¡Ah!... ¡La!...—Pero de repente se detuvo al reconocer á Stoltz, á quien le dijo con voz terrible:
—Amigo Stoltz, necesito que usted me explique cómo está dentro de mis zapatillas.
.....

Eduardo Zamacois

EL PREDESTINADO

Sabiendo su pasado de memoria,
casó con ella, sin estar demente;
bien conocía, y si lo niega miente,
de su escogida la terrible historia.
De que hace un mal papel se vanagloria;
ella es hoy lo que ayer, y él lo consiente
y ante ella humilla la anchurosa frente
ya coronada, pero no de gloria.
No puede pronunciar una palabra
ni tiene autoridad; el que se empeña
en buscar el peligro, que lo afronte.
Dicen que á él le amamantó una cabra,
y un refrán castellano nos enseña
que, aunque tarde, la cabra tira al monte.

Gonzalo Cantó

LOS AMORES DE JULITA FONS

La señorita Fons está en París.
Ayer, por la tarde, la vimos paseando en automóvil por el bosque de Bolonia.
A su lado iba un caballero noble y palaciego, amigo íntimo de su señor.
Julita ha descendido en sus amores.
Un periodista francés de la revista *Je Sais Tout* ha interviuvado á Julita.
¡Qué disgusto más terrible pasará el señor Pérez Caballero, embajador de España, al saber los secretos revelados por la linda sacerdotisa de Eslava!
El periodista le preguntó, entre otras cosas:
—Señorita, ¿es cierto que el... (no puedo escribir el nombre del personaje) está muy enfermo?
La señorita Fons, haciendo un mohín muy gracioso de seriedad diplomática y de importancia femenina, contestó:
—Mientras estuvo conmigo, al principio dió muchas señales de fortaleza; pero luego sí le noté cierta flojedad muscular y cierta fatiga.
—¿...?
—Son secretos profesionales que no puedo revelar—replicó la bella poniendo un dedito rosado en la boca roja con que canta tantos cr plés verdes.



JULITA FONS
En su dormitorio de París

—¿Es alegre? ¿Es ingenioso? ¿Inteligente?
—¡Oh, sí! ¡Cuánto me he reído contándome él las soserías de su mujercita.
—¿Cariñoso?
—Mucho. Vea usted unas fotografías que me ha dedicado.
El periodista francés tomó nota de algunas dedicatorias muy expresivas.
—¿Teme por su... *situación?*
(Sustituyo con esta palabra la que dijo el reporter francés.)
—¡Ah, no! Muchas veces me decía:
«Si yo fuese un particular viajaríamos juntos; yo te visitaría todas las noches sin testigos de vista ni escolta... Mi cargo no me deja andar tranquilo.»
He querido averiguar si el redactor de *Je Sais Tout* preguntó algo de lo de la nariz; pero no lo he conseguido.
Es un dato muy interesante, y Julita debe saberlo de buena tinta.
¡Quién sabe el favor que nos haría diciéndonoslo! Sin embargo, no creo que quisiera cometer esa indiscreción.
Yo se lo preguntaría; pero temo que conmigo no sea tan explícita...

Javier Bueno.

París, Agosto 1911.

MALA NOCHE

AQUELLA noche la compasiva Marcela me otorgó una cita, y al día siguiente todo el pueblo lo sabía. ¿Tuvo ella la culpa? No. ¿La tuve yo? Tampoco. La culpa fué de la Fatalidad.

—Esta noche—la dije á Marcela—ten la seguridad de que los Reyes Magos han de traerte una sorpresa, y, por tanto, cuida de cerrar bien la puerta de tu cuarto, para evitar una sorpresa de tu familia, y de no dormirte.—Y en efecto, obediente á mi promesa, acudí al filo de la media noche á casa de mi idolatrada tiranuela.

Marcela vivía en un piso principal, y para subir hasta su cuarto sin que nadie lo advirtiese me estuve quedo un buen rato, recostado contra la pared, fumando, esperando cachazudamente á que el sereno se marchase. Luego, al convencerme de que estaba solo, me quité los zapatos que dejé colocados uno tras otro, á la hila del muro, y gateando por la reja de una ventana del piso bajo logré encaramarme sin gravepeligro, ni grandes esfuerzos, al balcón de Marcela. Esta, que no me esperaba, lanzó un grito ahogado.

—¿Eres tú?

—¡Chist!... Silencio, si no quieres perdernos.

—¿Cómo has venido?

—Trepando por la reja, como un gato en celo...

Ella se echó á reir. Después frunció el bonito entrecejo, preocupada.

—¿Y si nos ven?—dijo.

—Imposible.

—¿Y el sereno?

—Hace un instante que le dejé caminando calle abajo, en busca de la taberna de la esquina.

—¿Y tus botas?

—Las he puesto abajo, en la acera...

Y como viese la sorpresa y el miedo que aquella noticia causaban en Marcela, añadí:

—Pero, no te apures, que yo saldré de aquí antes de que empiece á rayar el alba; nadie se enterará...

Marcela se dejó convencer y ya no hablamos más de aquello.

Las horas iban deslizándose dulcemente. Dieron las tres de la madrugada. Y las cuatro. Y las cinco...

Y Marcela y yo continuábamos charlando, sin acordarnos de que en los pueblos amanece muy pronto.

. . . . . .

Repentinamente, un hilillo de luz que penetraba por la ventana entreabierta nos advirtió de que el día se echaba encima.

—Corre, corre—exclamó Marcela empujándome—; vete, que es muy tarde.

Nos asomamos al balcón; el horizonte empezaba á teñirse de azul y de rojo; alboreaba... Instintivamente miré hacia abajo; ¡mis zapatos no estaban!...

—¿Y tus zapatos?—preguntó Marcela con terror.

Miré á un lado y otro, sin acertar á responder.

¡Míralos!—exclamé extendiendo el brazo y señalando á un individuo que caminaba lentamente por el fondo de la calle y que los llevaba en la mano.

Marcela no supo que contestar.

Los viejos que todavía...



SINESIO DELGADO

—¿Conoces al ladrón?—preguntó en voz baja.

—¿Trata á tu familia?

—Sí.

—¿Quién es?...

—Crispín, el zapatero; la peor lengua del lugar.

¿Qué hacer?

Era imposible llamar al importuno zapatero, so pena de vender el secreto de nuestro amor. Hube, pues, de resignarme, y descolgándome ágilmente por la reja, eché á correr hacia mi casa descalzo y con gentil compás de pies.

Marcela, escondida en el hueco de su ventana, reía viéndome huir.

✠

Y... ¡lo que son los pueblos!...

Al día siguiente todos los ociosos sabían que, en la noche de Reyes, yo había dejado mis zapatos en el balcón de Marcela...

Luis J. Echegaray

—Un millón tiene Pascual en vinos y en aguardiente.

—¡Un millón!...

—Justo y cabal.

—¿Y es líquido el capital?

—Líquido completamente.

✠

Cuando te cases, Lola,
cuántos exclamarán: — *¡Esto trae cola!*



—¿Conque velabas, eh?... ¡Ya lo creo que «velabas»!... ¡A la vista está!

MENUDENCIAS

Un sombrero, por favor,
compró Juan á Nicanor;
le ha reclamado el dinero,
y Nicanor... y el sombrero
han mudado de color.

✠

Dios no permita nunca, Rosalía,
que se pierda una carta tuya y mía.
Pues si, como mil veces ha ocurrido,
por azares del mundo... y del correo
tropieza con la carta tu marido
nos hemos divertido,
porque esto acaba en drama, ¡ya lo creo!

✠

¿Qué será que á la menos inocente
se la suele engañar más fácilmente?

✠

Tú, que maldices tanto el matrimonio
y que huyes de las malas tentaciones
con que suele inquietarnos el demonio,
¡habrá que ver, en muchas ocasiones,
las cosas que al bendito San Antonio
le pidas en tus cortas oraciones!

Ramón Asensio Más



El Confesonario

AMPARO POZUELO

Yo he hecho la carrera teatral al revés; empecé siendo característica á los ocho años en la compañía infantil de Bosch, y ahora soy tiple cómica; de modo que me parecerá que estoy otra vez en la infancia cuando, andando el tiempo, vuelva á ser característica. En mí se cumplirá el refrán de que «los extremos se tocan», lo mismo que en una anguila de mazapán ó que en una pescadilla. Yo moriré, artísticamente, mordiéndome la cola. Es decir, que mi carrera teatral será un emparedado de tiple cómica entre dos características. He recorrido las cinco partes del mundo, pero ya no pienso salir de Madrid hasta que un esforzado aventurero descubra la sota.



AMPARO POZUELO
Primera tiple del teatro de Eslava.

El día que tomé la primera comunión me salió la primera contrata. Del cielo á la escena. ¡Vaya un salto!

A los doce años, actuando en Buenos Aires con la compañía infantil de Jiménez, se enamoró perdidamente de mí un gaucho de los que traen á embarcar ganado de las Pampas.

Empezó regalándome dulces; pero me escribió una carta en verso declarándome su pasión, y esto, unido á sus enormes bigotazos y á su talla descomunal, me produjo tal terror pánico, que el Sr. Jiménez se vió en la precisión de dar parte á las autoridades.

Todavía cuando bailo la pampera de *El método Gorritz* miro de reojo á las cajas por si sale el gaucho apasionado á echarme el lazo al cuello.

Actuando en Manila á raíz de la evacuación, el actual Presidente de los Estados Unidos, mister Taft, á la sazón gobernador general del archipiélago filipino, me mandaba ramos al cuarto.

Yo no sé si sería con mala intención; lo que sí sé es que no los admití porque me parecía que admitirlos era dejar de ser española.

La verdad, no quería pasar á ser posesión norteamericana, como nuestras colonias.

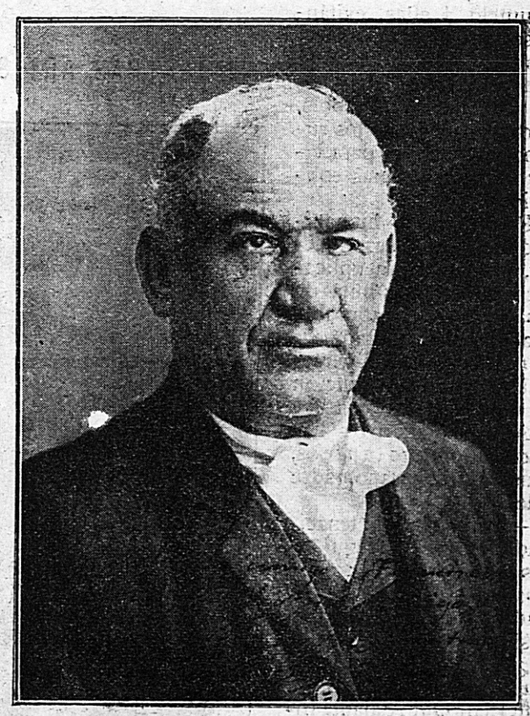
En México, el año pasado, un alto personaje, cuyo nombre oculto por discreción, me pidió relaciones. No las admití y se puso hecho un toro, en la buena acepción de la frase. ¡Quién había de decir que ese sería uno de los toros gubernamentales que á los pocos meses iba á echar la revolución al corral! Pocos días después se enamoró de mí platónicamente, ¡pásmense ustedes!, un notabilísimo predicador. Todas las noches iba á un palco proscenio interior del teatro Principal á verme hacer *Las bribonas*. Un día fuí á verle predicar, y nos puso á todos los que hacíamos la obra y todos los que la presenciaban de vuelta y media. Me pidió un retrato, yo se lo dí y me regaló un devocionario. «Tú me bendices, yo te saludo; estamos en paz», que dijo Calleja.

Amparo Pozuelo

AGUJETAS

Con cerca de sesenta años á la espalda, y rodeado de la vieja compañera de su vida y de los hijos, hombres ya, ¿qué puede contar de amores este picador de toros?

Los tuve, ya lo creo que los tuve. Allá en la época lejana en que el inolvidable Salvador Sánchez (Frascuelo) me sacó por primera vez á picar en la Plaza de Madrid, alguna mujer supongo que se enamoraría de mí. Desde luego, y como en sueños, me parece que yo me, prendaría de alguna y aun de algunas. Pero de todo aquéllo, ¿qué queda al cabo de los años? Lo que antes decía: un hogar en el que vive la que ha compartido á mi lado fatigas y venturas y en donde los hijos se crían honradamente. Y dentro de mí, recuerdos, muchos recuerdos de hombres y de cosas que fueron.



MANUEL MARTÍNEZ

Tratárase de referir sucesos que están en labios de un hombre de mi edad mejor que las historietas amorosas—interioridades de la política española, por ejemplo—y contaría, no una, mil anécdotas interesantes é incluso divertidas. Tuve siempre la fortuna de merecer la amistad de personajes significados, y he visto y oído muchas cosas que merecen la pena de ser recordadas. Hasta un poquito conspirador—¿y cómo no?—fuí cuando me hervía la sangre moza. Tan sólo refiriendo las charlas que de sobremesa sosteníamos en los banquetes que D. Francisco Romero Robledo, siendo ministro de la Gobernación, nos ofrecía á unos cuantos toreros en los altos del café de Fornos, se podían llenar muchas páginas.

¡Y los comentarios que se les ocurrirían á los graves señores al uso

Pero, de amores, repito que si los tuve no me acuerdo. O no quiero acordarme. Es una coquetería de última hora que tiene su disculpa con sólo que se fijen ustedes en el retrato adjunto. Anciano, maltrecho por los tumbos y por las cornadas (perdí hace años la cuenta de los unos y de las otras), no puedo ponerme á tono con los muchachos.

Además, el público ha sido siempre muy benévolo conmigo, y no quiero, después de treinta y ocho años de escuchar ovaciones, oir un solo silbido.

Y me parece que lo merecería.

Manuel Martínez
AGUJETAS

AMORES CÉLEBRES, PUESTOS EN SOLFA

HIPOMÉNES Y ATALANTA

La Mitología, que es una embustera de marca mayor, nos cuenta que el rey Ceneo (q. e. p. d.) tuvo á bien dar á luz una hija, á quien pusieron por nombre Atalanta (Talán talán, según otros).

Esta buena mujer, símbolo de la Velocidad, inventora de los trenes expresos y fundadora del Veloz-Club, supo del oráculo que sus bodas le habían de ser funestas, y con muy buen acuerdo renunció á ellas, evitándose, además, gestiones, gastos y quebraderos de cabeza. Retiróse, pues, de la vista de los hombres, particularmente de los rubios, escogiendo para vivir los lugares más solitarios.

Pero como la humanidad tiene sus cosas, es decir, sus rarezas inexplicables, cuanto más huía de los hombres la adorable Atalanta, más buscada era por ellos, que la perseguían con una intención de todos los demonios.

Atormentada por tan abrumadores galanteos, llamó á su soberano padre y le dijo:

—Mira, papá, la tenacidad de mis perseguidores pasa ya de castaño obscuro. ¡Espántamelos, padre mío, espántamelos!

¿Y qué dirán ustedes que se le ocurrió á S. M. paternal? Que Atalanta hiciese un pacto con sus adoradores, valiéndose de la ligereza que le caracterizaba.

El pacto fué el siguiente: aquel que venciese en la carrera á la hermosa fugitiva se la ganaba para sí, y desde luego podía ponerla cuarto; y el que resultase vencido por ella, sería fusilado inmediatamente.

Como se ve, la cosa tenía perendengues. Arriesgadilla era la empresa, pero no faltaron valientes que se lanzaran á correr y que, después de perder la carrera, como los malos estudiantes, fueron, con arreglo al convenio, privados de la existencia por medio de la decapitación, sacrificio que ya por aquellos tiempos consistía en un corte de pelo con cabeza y todo.

Retirados de la arena más de diez mil cadáveres de amantes pelmas, presentóse el temerario cuanto distinguido joven señor Hipomenes, que estaba loco por Atalanta, y que (si no es un infundio mitológico lo que sabemos), se vió muy animado en sus propósitos por la intervención de la diosa Venus en el asunto; tanto que, fiado en esto y en que había sido corredor de comercio, echó un memorial á la hija del monarca y la desafió á correr.

Venus le había dicho:

«—Toma estas tres manzanas que he cogido de una higuera del jardín de las Hespérides, y como son de oro con incrustaciones de brillantes, le harán muchísima gracia á la famosa corredora. Sal corriendo al par de la virgen, y en cuanto ella te coja la delantera (cosa que tú no debes rehusar), arroja al suelo ante su vista una de las manzanas. La mitológica virgen se bajará á cogerla, y tú entonces fíate de la virgen y no corras, sino déjala que vuelva al avance; repítela el juego de las manzanas, seguro de que ella no dejará de bajarse, y tú desde luego aprovéchate de la detención, y fácilmente llegarás á la meta; es decir, al colmo de tus aspiraciones.»

Dicho y hecho: Hipomenes cogió las tres manzanas, y sin mondarlas ni esperar á más, hizo al pie de la letra cuanto Venus le indicó.

Atalanta las fué recogiendo del suelo; dejó por su codicia que Hipomenes le aventajase en la carrera, y el real padre de la joven, fiel á lo convenido, dijo al corredor:

—¡Arza con ella... que te la has ganao!

Hipomenes no hizo melindres. A los ocho días, y previa invitación á todos los dioses, casábase con Atalanta, encargando mucho á su esposa que no fuese tan ligera.

—Yo no seré ligera—le respondió—;pero tú no seas pesado.

¿Que si fueron felices? Felicísimos. Dice la Mitología que, instalados en una casita muy cuca de la calle del Tribulete, con las tres manzanas de oro puestas sobre otras tantas jícaras en el vasar de la cocina, vivieron tranquilos y dichosos, ella dedicada á la invención de la bicicleta y él á la fabricación de pasta de almendra y de jaulas para grillos.

Juan Pérez Zúñiga

NUESTRAS ARTISTAS



¿.....?

EN LA ALCOBA

—Cuando te ví desnuda sobre el lecho,
el seno palpitando entre el encaje,
tembló mi corazón dentro del pecho
como el pájaro tiembla entre el ramaje.
A pesar de ser yo un adolescente
tan desgarrado por los desengaños,
te abracé cual si fueras inocente
como una colegiala de quince años.
—¡Que no creas, chiquillo, que soy mala;
que sólo á ti, porque eres tú, me entrego!..
—Y tu cándida voz de colegiala
dulces mentiras recitaba... Luego,
en el silencio grave de la sala,
resonaban las sílabas de fuego.

Andrés González-Blanco

EL CURITA SIMPÁTICO

Se levantó la cortina y la figura negra de D. Ramón, el cura simpático, como yo le llamaba, se acercó á nosotros. Al verle reímos de nuevo.

—¿Qué ocurre, señores?

—Nada—contestó doña Blasa—; que este diablejo de Lucía comenzó á reir, y los demás con ella; pero de nada...

—Más vale así—mientras se está contento no se piensa en el pecado—y al decir don Ramón estas palabras, clavaba sus ojos en las mejillas de la doncella, sirvienta de la casa.

Calmóse al fin el estruendo.

—Hemos esperado á usted—continuó la patrona—hasta muy cerca de las nueve... y en vista de... que no llegaba, comenzamos á cenar.

—Han hecho ustedes bien, he venido por casualidad.

—¿Combina, eh?—dijo Luisito completamente beodo...

—Deber, señor mío...

—Que se expliquen esas palabras—rugió en tono parlamentario el futuro Apeles.

—Muy sencillo. Habían dado las ocho en la catedral cuando me disponía á salir de la sacristía, pero... una joven, alta, rubia, enlutada, me cortó el paso, y con gemidos enternecedores rogó que la escuchara...

Todos los oídos estaban abiertos á tan extraordinario suceso.

El cura continuó:

—Como además de sacerdote soy caballero, y caballero cristiano, traté de consolarla. ¡Y aquí viene el motivo de mi tardanza! Pidió confesión, ¿cómo podía negarme?

—Interesantísima debe haber sido la confidencia—dije yo con la mayor naturalidad y la peor intención.

El cura cayó en la trampa, é ingenuo respondió:

—No; nada; tonterías; que si su novio... que si ella... que si la cosa se hincha...

Una explosión de carcajadas llenó la habitación. Tras un paréntesis de silencio y ya en voz D. Ramón, contó más detalles. Lucía, que seguía el relato sin pestañear, dijo cuando el curita terminó:

—¡A buena hora me confieso con usted!

—¿Porqué... niña?

—Por que si luego cuenta usted á sus amigos mis pecados...

—No, Lucía, nó; tus pecadillos no los diré á nadie.

—Como ahora... ¿eh?

—Ni como ahora, ni como antes, ni como nunca; lo que he contado de esa señora, que no he dicho quien es, ha sido sólo para justificar mi tardadza. Yo soy muy reservado... ¿Verdad, doña Blasa?

Todos clavamos los ojos en la patrona, que roja como una guinda asintió con un movimiento de cabeza. Don Ramón, entre tanto, aprovechando nuestra pícara indaga-

toria, cogió una de las manos de Lucía y la habló al oído.

Sonaron las doce y doña Blasa primero y todos después, abandonamos nuestros asientos y salimos del comedor.

Pablo, gracias á la estrechez del pasillo pudo llegar á su cuarto; Luis, no más firme que el amigo, se encerró también; doña Blasa y yo seguidamente. Don Ramón, que, como de ordinario, se entretuvo en enjuagarse la boca, lo hizo más tarde.

Ya me iba á encerrar en mi habitación cuando un ruido extraño me hizo volver la cabeza y... (no pienses mal, hermano lector) el agradable capellán, decía muy serio á la linda joven, que le escuchaba confusa...

—Sí, hija, sí; no lo dudes, debes confesarte; los pecadillos guardados mucho tiempo, crecen, se hacen enormes, y luego...

—Sí, sí, don Ramón, me confesaré; ¿cuándo?

—Cuando y como quieras.

—Entonces... muy pronto..., mañana.

—Cuanto antes mejor.

—Gracias, señor cura. Que usted pase buena noche...

—Y tú también, Lucía...

Todos quedaron en sus cuartos respectivos; yo en el mío, pared por medio del de la simpática y fresca doncella.

Me desnudé de prisa, pensando en todo lo que había visto y oído aquella noche. La figura de la saludable criadita danzaba de formas diversas en mi cerebro; su tosecita mimosa y el chirriar de su colchón, que se quejaba de recibir tan preciosa carga, me pusieron nervioso.



ELLA.—*Pero hombre, ¿no te alegra el campo y la perspectiva del follaje?*

EL.—*¡Estoy de luto!*

Al fin pude dormirme.

Lo natural sería, señor, con cosas agradables. ¿No es así? Pues no, señor, pesadillas truculentas y absurdas me zarandearon toda la noche; antes un ladrón que me desvalija; luego un poeta que *colaca* un canto á un señor americano que lo pega muy bien, y, para final, un editor que me persigue; una hosa pedera que me gusta; un precipicio que abre su negra boca...

Desperté sobrasaltado. Una lechosa claridad, entrando por un resquicio del balcón, curioseaba mi modesto cuarto de estudiante.

Adormilado quise recuperar el sueño perdido, pero un ruido extraño del cuarto inmediato me puso en guardia. Arrimé mi oreja al tabique y escuché... Nada, no oí nada. ¿Sería una ilusión? ¿Segunda parte del sueño interrumpido? No... que otro ruido igual al anterior llegó á mí. Era en el cuarto de Lucía, y se oía más fuerte y más continuo...

¿Quejidos? ¿Estaría indispuesta la muchacha? ¿Cómo? ¿Eh? ¿Dos veces?... Y un suspiro, y otro... ¿Sería la patrona que entraba á despertarla? No era voz de mujer. Además, la moza cerraba por dentro... estaba bien seguro, ¡Qué dudas! ¡Qué confusiones!

—Pues á fe—me dije—que yo he de aclarar el misterio—y aguantando la respiración escuché...

Era una voz bronca... ¿La de D. Ramón? No, de ningún modo; no era, no debía ser el cura.

Oí de nuevo; esta vez era la moza quien suspiraba débil, angustiosa, y la voz gruesa después. ¡¡Demonio!! Sí, sí era D. Ramón, el cura simpático, el amable compañero... Y ¿á qué había ido allí? ¿A confesarla? Claro... seguramente. ¿A qué, si no?

Ya despabilado, comencé á vestirme, cuando un ruido más extraño que los anteriores todavía picó mi curiosidad; intrigado, escuché...; escuché los ayes de ella...

—¡Animo, hija mía, ánimo y vamos con el segundo!...

Entonces lo comprendí todo...

Era que la confesaba por los Mandamientos.

Fernando Mora

ANTOÑITA, Ó LA CUERDA DE UN AHORCADO

En ese interesante juego de prendas del amor, que consiste en encontrar una sortija escondida en no se sabe que mano, entre las once mil vírgines y todo el resto de mujeres de prostíbulo, en ese juego en el que no se acierta nunca, porque siempre es la «otra» la que parece tenerla, después de no encontrarla en la última, Antoñita es ahora para mí quien tiene escondida la sortija.

Antoñita es una bailarina admirable. La espero, después de haberla visto trabajar, en ese cafetín de teatro en el que todas las «coupletistas» toman un aspecto desconsolador, vestidas de una bata sucia y fea, comiendo «cualquier cosa», ese «cualquier cosa» en la que está casi siempre la «miserere» tortilla fría... La espero, con unos celos terribles del empresario cínico que en la administración, se sabe de buena tinta, que tiene una mesa, un tintero sin pluma y una cama de matrimonio; del policía secreta que lleva jipi y quizás la ha ofrecido para «pendentif» la medalla reluciente de la autoridad; del que levanta el telón y de todos esos hombres, entre los que hay con seguridad sátiros caprípedes, de que parece estar llena la obscuridad angosta de entre bastidores, donde sin remisión tieñen que tropezar con las artistas. Pero al verla entrar todo se desvanece, porque resulta que ni siquiera ha admitido la medalla inapreciable del policía secreta, como una muchacha decente que no recibe los regalos excesivos. Llega sencilla é inexpresiva, pues ni habiendo sido en el Real, el Godofredo que baja del cisne blanco en *Lohengrin*, y habiendo figurado en todas las óperas en una encarnación extraordinaria y brillante, no ha perdido su sencillez. Ahora mismo, reciente su aparición en escena con toda la desnudez de la malla, si yo la digo, por ver lo que dice, que trae abierta la bata en un descote tremendo, ella desdobla verdaderamente consternada su pañolito rosa, y atándoselo á la garganta, cubre su pequeño descote. Así se me devuelve inocente y deliciosa, aunque quizás un poco más ajada que ayer, porque la mirada insistente del público es adversa como un mal clima... Reanudo la intimidad; pero, como siempre, noto en sus manos de después de trabajar, frías de nerviosas, que se me escapa con el deseo de todas estas mujeres: el deseo de la buena fortuna. Lo noto, pero no me vuelvo airado contra él. Es un deseo conmovedor que una noche de París me probó hasta dónde ellas emplean, sólo por el ideal de la buena fortuna, todas las crueldades y todos los recursos de un modo conmovedor é ingenuo por más terrible que parezca.

...Entró aquella mujer riendo y buscando el objeto que querer más entre los de aquel gabinete; se miró en el espejo del tocador, como todas, empañándolo un poco, y se comenzó á desnudar... Al descubrir el corsé de seda noté que llevaba atada en derredor una maroma que desentonaba atrozmente con su *chic*... Parecía un cíngulo, y pensé si, como Santa María Egipciaca que se desnudaba y se daba á los barqueros por que la pasaran el río, ella se daba á los hombres—santa por su cíngulo—para pasar de un día á otro sin ahogarse en la desalmada miseria de París...

Me supuse que aquella cuerda la daría un rubor que no esperaba, más acre y más villano que en las otras mujeres. Quizás era una cuerda sagrada, adquirida en Jerusalén después de un viaje sin sandalias en que ella fué á hacerse perdonar todos los pecados de un quinquenio, «pecados de tarjetas postales», de esas tarjetas postales que ofrece un hombre vizco, tropezando al transeunte y torciendo la boca en el sigilo.

La pregunté por la insignia, y resultó que era una cuerda de ahorcado que, como se sabe, da la buena suerte... ¿De dónde la había sacado si en Francia no ajustician sino con guillotina? Probablemente la desató al cadáver del que se ahorcó por ella de un farol de su calle, sin sospechar que la dejaba esa reliquia con que ella aspiraría á triunfar después de ese día con otros hombres y con todos los vicios. No podía ser mayor la crueldad de aquella cuerda de ahorcado anudada á aquella mujer, y, sin embargo, me dí cuenta de cómo santifica todos los recursos de mujer y deja sin palabra mala que decirlas, su alto deseo de buena fortuna. Después de aquella noche no me sé ya volver á un deseo tan justo sin mezcla de mal alguno, y es probable que para que no se desespere Antoñita de no ver llegar la buena fortuna, me cuelgue yo también á un farol de su calle y la regale la cuerda maravillosa...

Esto si Saint-Aubin no actúa de providencia, como con tantas otras jovencitas primerizas, y entonces sólo sea necesario colgarse á él.

Ramón Gómez de la Serna

LA MEMORIA DE DON H. P.

Todos los hombres padecemos distracciones lamentables. ¿Quién no gasta más de lo que tiene, olvidándose que las trampas contraídas hoy perturbarán su sosiego de mañana? ¿Quién no olvida que la libertad del soltero es dón preciosísimo y se casa?... En los anales de la chifladura se registran distracciones extraordinarias.

Yo tengo un amigo que fué á París, con el único objeto de recoger los 30.000 francos que le legó al morir un tío suyo. Pues bien; creo que el viaje, desde Madrid á París, lo realizó el afortunado sobrino en excelentes circunstancias: conoció á unas mocitas de vida alegre, con las que almorzó en Miranda y pernoctó en Burdeos, etc., etcétera... Después llegaron todos á París, y lo primero que hizo mi amigo al apearse en la estación de Orleans fué preguntarse:—Bueno; ¿y á qué he venido yo aquí?...—Y así estuvo durante cuatro ó cinco días, hasta que al fin, aburrido, regresó á España sin acordarse de los 30.000 francos consabidos.

Dignos competidores de este insigne chiflado son, entre otros cien, Edisson, olvidándose la mañana del mismo día de su boda de que su novia y todos los invitados estaban esperándole en la iglesia; y el célebre matemático Gaus, que, pasando por el puente de las Armas, se detuvo á examinar una piedrecilla que le llamó la atención por su cristalización y colorido: de pronto recordó que sus alumnos estaban esperándole; sacó su reloj, y al convencerse de que era muy tarde, arrojó el reloj al Sena, después de guardarse la piedra en el bolsillo...

Pero ninguna de estas distracciones ha sido tan humillante para su autor, ni tuvo consecuencias tan irreparables, como la cometida la semana anterior en Madrid por Don H. P., un viejo banquero por cuyo hotel de solterón vicioso han ido pasando las pecadoras más ricas de la villa y corte. Don H. P., como Alejandro Dumas cuando llegó á «cierta edad», en vez de *hacer el amor*, prefería *comprarlo hecho*, y tanto llegó á familiarizarse con este sistema eminentemente británico, que no comprendía á los que tienen reparo en comprar una mujer con la naturalidad de quien compra un buen caballo de paseo ó una barrica de vino jerezano.

COMO LEEN NUESTRAS MUJERES



A Felipe Trigo

De suerte que á Don H. P. sus queridas le dieron poquísimo quehacer. Pagaba sus favores á subidísimo precio y en el acto, como para ahorrarse luego disputas y enfadosas trabacuentas, y era preciso que la sociedad de una amiga le petase mucho para que se resolviese á malgastar entre sus brazos dos noches consecutivas.

Esta existencia crapulosa, prolongada á despecho de esa edad en que la higiene prohibe terminantemente toda clase de excesos, determinaron en Don H. P. un desprecio absoluto hacia la mujer, considerándolas á todas como seres sobornables, cuya virtud se mide por el precio en que las tasa el deseo, y menos virtuosas, en general, que Dánae, ya que ésta necesitó de una lluvia de oro para rendirse.

Estas disipaciones y otros capitosos refinamientos, que no son para contados, produjeron en el viejo galán un completo agotamiento nervioso: flaqueó su voluntad, nublóse su razón y perdió en poco tiempo el bnen discurso y la memoria,

¡La memoria sobre todo!... Le presentaban al mismo individuo tres y más veces, y nunca le conocía; almorzaba opíparamente, y luego, creyéndose todavía en ayunas, se maravillaba de sentirse ahito; y hasta una noche no pudo volver á su casa á dormir... ¡porque no recordaba el nombre de su calle!

Y así, hallándose en esta tan lamentable traza, fué cuando don H. P. tomó la extraordinaria resolución de casarse. Para ello buscó á una joven de dieciséis años apenas, hija única de ciertos nobles marqueses amigos suyos. Todo lo reunía Severina: belleza, juventud y, sobre todo, candor; un candor extraordinario de virgen noruega, que aún creía en la fábula de que todos los niños vienen de París...

Para un viejo libertino como don H. P., la inocencia es el mayor encanto de la mujer. Severina, por tanto, le satisfizo completamente, y aunque la joven pareció poco dispuesta al matrimonio, su familia lo arregló todo, y no se dió treguas hasta conseguir que aquellas relaciones tuviesen ante el altar honesto remate y coronamiento.

Y llegó el día de boda, y con él la distracción inaudita, irreparable y monstruosa de don H. P.

Ya los convidados se habían retirado y estaban apagadas todas las luces, cuando los recién casados entraron en la cámara, teatro del supremo sacrificio. Fué una noche dulcísima, en la que don H. P. hizo alardes envidiables de su vigorosa complexión de gallo viejo. Severina, como todas las vírgenes recién casadas, volvió probablemente los ojos al pasado, complaciéndose en recordar aquellos felices tiempo en que era niña...

A la mañana siguiente don H. P. se levantó muy temprano y empezó á vestirse; Severina dormía profundamente. En aquel momento el viejo banquero no recordaba su casamiento, y la obscuridad del dormitorio contribuía á no desvanecer su error: creía, sencillamente, que había dormido con una mujer, y ya sólo pensaba en marcharse. Luego acercóse al lecho, y dándole á su mujer unos cariñosos azotitos de despedida, murmuró:

—Hasta la tarde, ¿eh? Ahí queda *eso*...

Y se fué, dejando sobre la mesita de noche un billete de cien pesetas...

Féiix Recio

CHISMES DE LA SEMANA

SEÑOR BATATITA..

Nosotros lo sentimos mucho; pero no tenemos más remedio que insistir... «Batatita» no se ha acogido al cable salvador que le tendíamos al concederle un plazo de quince días para que cumpliese su palabra, y transcurrido éste, la gentil coupletista á quien él «camela» sigue sin el traje de concierto, ofrecido por su «amador» una vez y otra...

Reprobamos semejante conducta. Mal estaría en cualquiera, fuera este cualquiera el señor aquel de los *A, B* y *C;* pero está muchísimo peor en un hombre político y de negocios como «Batatita», que necesita para vivir de la seriedad de su palabra.

Nosotros, la verdad, no podemos consentir esto... Para evitar que falte á su palabra y se halle en entredicho quien coincide con nosotros alguna vez en los escenarios sicalípticos y siempre en la jurisdicción de Cupido, haríamos cualquier cosa... Y como no podemos hacer otra, hemos decidido enviar á casa de «Batatita» á una corredora de vestidos, para que el «faltón» elija uno, que nosotros pagaremos, y la corredora entregará á la pobre chica coupletista, que continúa cantando en el Teatro Nuevo con su vestido viejo, que pierde lentejuelas al compás que su dueña ilusiones.

«Batatita», pues, está «salvado» por esta vez. Pero, ¡ojo, amigo!, con sus andanzas; porque apenas se descuide usted, vuelve á La Hoja.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid.